

Darío Villanueva. *Lectura y nativos digitales*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, 2011. 37 pp.

El catorce de mayo de 2010, Darío Villanueva pronunció la conferencia que se edita en este volumen. Una conferencia con motivo de la entrega del primer premio internacional de investigación humanística de la Real Sociedad Menéndez Pelayo, premio obtenido por su obra *Imágenes de la ciudad*. Como componente del jurado que falló aquel premio, tuve oportunidad de indicar que, en mi opinión, *Imágenes de la ciudad* reunía todas las cualidades que ha de tener una obra galardonada con el nombre de Marcelino Menéndez Pelayo: interdisciplinariedad, amplios conocimientos de diferentes ramas de la cultura y la claridad expositiva de la que siempre hizo gala del maestro santanderino. Y añadí que entre las virtudes de la obra, entonces candidata, luego premiada, estaba la unión de muy diversos saberes, de muy diversos orígenes en un todo unitario y estructurado.

Estas mismas cualidades se encuentran en este texto, en la lección magistral, más que conferencia, que escuchamos los presentes ese catorce de mayo, en el Palacio de la Magdalena de Santander. Un título, *Lectura y nativos digitales*, que indica con precisión el tema central de la reflexión de Villanueva. Una preocupación, la del estado de la lectura, en el mundo que han alumbrado las nuevas tecnologías de la información, que comparte con otros títulos aparecidos recientemente como es el caso de Germán Gullón, en *El sexto sentido. La lectura en la era digital*, un volumen que es reseñado en este número del BBMP por el profesor Adolfo Sotelo.

José Manuel González Herrán, Director del *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, y autor de la *laudatio*, también pronunciada en la misma sesión e incluida en este volumen, indicaba certeramente que con ese premio «el nombre de Don Marcelino, queda unido ya al de quien, salvadas todas las distancias ya adecuando su pensamiento y metodología a los tiempos que nos ha tocado vivir, no rechazaría ser tenido por uno de sus más cualificados discípulos». Y quizás por ello, Darío Villanueva quiso compartir con los asistentes sus pensamientos sobre un tema que de seguro hubiera apasionado a una tan consumado lector y bibliófilo como fue Menéndez Pelayo: el presente y el futuro del libro y de la lectura.

La muerte del libro, la anunciada muerte del libro, la tantas veces anunciada muerte del libro, inicia el proceso de reflexión de Villanueva en este libro. Desde MacLuhan, e incluso antes, como se recuerda oportunamente en el texto, esta muerte se va anunciando, pero las estadísticas de publicación no dejan de indicar que el libro, impreso y editado, goza de muy buena salud. Ahora bien, es claro que las nuevas tecnologías van a producir, están produciendo, modificaciones en el libro como objeto y en el libro como creación intelectual y estética. Pero ello no significa que el libro vaya a morir. Como indica Villanueva, las revoluciones tecnológicas no hacen tabla rasa de todo lo anterior. A pesar de todas las profecías apocalípticas que Villanueva va recogiendo, su visión es menos alarmista, más en la línea de Janert Murray, de quien recoge la idea de que todo medio de comunicación nuevo es, al mismo tiempo, fuente de entusiasmo y de temor. Entusiasmo por lo que se espera de esa novedad y temor porque en esas nuevas relaciones del ser humanos con el nuevo medio se piensa que se puede perder gran parte de lo que consideramos nuestra humanidad, nuestro concepto de humanidad.

No desdeña, sin embargo, Villanueva ideas más alarmadas o alarmantes, como la de Sven Birkerts, que a la vista de la revolución Internet, entiende que la sociedad humana está sustituyendo la sabiduría por la fe en la red. De ahí la atención de Villanueva a lo que él llama «el meollo de nuestro futuro cultural: la educación». Una atención que no es extraña en quien ha dedicado a la enseñanza y a la educación gran parte de su vida y de su actividad.

Esa dedicación a la enseñanza, esa preocupación por la educación es la que hace que Vi-

llanueva sitúe el punto de partida de su reflexión en la experiencia que para él significó asistir como espectador a la representación, en 2003, de *Historia de una escalera*, espectáculo que compartió un nutrido grupo de escolares. Unos escolares que recibieron la tragedia como una comedia, que no compartían los elementos que conformaban el contexto de la obra de Buero Vallejo y que por lo tanto la entendían de forma muy diversa a la de espectadores más maduros. Otra experiencia con estudiantes, esta vez en México y en 2009, lleva al autor a formular la idea de la necesidad la necesidad de que haya contextos comunes entre los nacidos en la Galaxia Internet (ya no Galaxia Gutenberg, ni siquiera Galaxia MacLuhan) y los que han asistido a su desarrollo provenientes de «otras galaxias».

«No podemos dar por superado lo que bien podríamos llamar el periodo incunable de la nueva cultura generada por Internet». Y no deja de ser cierto, que en este período, los jóvenes nacidas en la era digital, los niños digitales (según Nicholas Negroponte) o nativos digitales (según Marc Prensky) son al tiempo que otras muchas cosas usuarios del ordenador, de esa “maquina literaria” en palabras que cita Villanueva de T. Nelson «uno de los gurús del hipertexto». Se descargan textos y leen a través del ordenador, a través de internet. Es posible por lo tanto mantener un mismo lenguaje, es posible establecer unos contextos comunes y unos procesos de pensamiento coincidentes, si se crean y ponen en práctica «estrategias docentes bien articuladas y plenamente conscientes de los fines que se persiguen».

Confía Villanueva en la educación para conseguir esa meta, para acercar la lectura a los nativos digitales, para evitar todos los peligros y desventuras que anuncian los distintos profetas de apocalipsis cultural que va citando a lo largo del texto. Una educación en la que sigue siendo clave, la labor, la presencia del maestro, del maestro de lectura. Como Harold Bloom, como George Steiner, como Edward Said, como Marcelino Menéndez Pelayo, como, añado yo, Darío Villanueva, que se define a sí mismo, al final de este libro, de esta lección, como «humilde maestro». Y en esta su condición más genuina, según él mismo indica, a lo largo de su larga y bien nutrida obra (que González Herrán desgrana en sus páginas introductorias), sin ninguna duda, ha sido y es un maestro de lectura gracias al cual muchos se han asomado, nos asomamos, a la lectura con mayor y mejor conocimiento de causa.

BORJA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ
UNIVERSIDAD DE CANTABRIA